

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

Son necesarios

Remedios heroicos

No hay medio de sustraerse al tema obsesivo, a la tremenda actualidad, no del momento, ni del día, sino de meses y años, en que parece haberse detenido la vida española cambiando el movimiento progresivo de su marcha en el tiempo por las sacudidas estériles y tregias de una desesperada convulsión. El coste de las subsistencias sigue siendo el eje negro sobre que gira la existencia nacional, la cuestión magna de que se derivan los dolores hispánicos sociales que surgen por doquiera: la zozobra en los campos agrícolas, la amenazante paralización del trabajo en Barcelona, el general estado de odios latentes, de violencias dispuestas a estallar, de honda guerra civil de los espíritus.

Para quien pretenda escribir como habla el pueblo, para quien quiera ser un eco fiel de los asuntos que conmueven al país, no puede haber cuestión que dispute a ésta la supremacía dolorosa de horrible pesadilla nacional.

Tan grave es la dolencia tan aguda y unánime la no escuchada queja, tan avanzado y casi irremediable el progreso del mal, que sólo en los remedios de un radicalismo llevado a límites extremos cabe poner un poco de débil esperanza.

Hay que quitar hasta perder la voz, escribir hasta talar rota la mano, pidiendo el inmediato atajamiento de la sangría suelta de las exportaciones. Lo estamos repitiendo sin cesar lo decíamos ayer haciendo un breve comentario a las declaraciones del señor Cañal sobre el gravamen que había de poner el ministerio de Abastecimientos a la salida de cortidos y pieles manufacturadas: no creemos, no podemos creer en la eficacia del paliativo, de las medidas táticas, del remedio parcial. Las circunstancias por que pasa el mundo, las que renzan de la realidad palpable, la natural tendencia de las gentes a la impura sujeción de la codicia, tienen más fuerza que la buena intención de un hombre de gobierno.

Lo cierto es pensar que con gravar la exportación de ciertos generos, de ciertos artículos, se evitarán los daños. Más bien inducen todo a creer que la medida sea contra productiva. Si la carencia o la gran escasez de una materia de indispensable gasto la base absolutamente necesaria para un país importador, claro es que habrá de ser solicitada a toda costa, a cualquier precio, pagada a como quiera cobraria el vendedor. El exportador español, si más se le grava el género que expende, pedirá más, y venderá lo mismo. Y en el mercado nacional se elevarán los precios automáticamente. En la cuestión de los cortidos, por ejemplo, corre públicamente la noticia — los mismos industriales españoles de calzado lo dicen, lamentándolo — de que hay innumerables fabricantes que tienen concertadas fuera de España ventas que suponen la producción de no sabemos cuanto tiempo. Acaso un leguleyo encuentre flautos tratos de ese linaje, porque sabido es cuantas veces el campo de lo lícito se entra desvergonzadamente por las llaves del desahogado, indefenso y mostrenco campo de inmorales. Y aquí y en muchos casos semejantes, podrían ponerse unas lindes fijas, un término ejemplar, a la inmorales avaricia, delincente, campaña por sus solos respetos, que esquilma y sacrifica y no deja vivir a miles de millones de españoles. Y esas lindes son las fronteras, las Aduanas, cerradas totalmente, radicalmente, sin el resque de pueriles gravámenes, más contra-productivos quizás cuanto más altos, a una especulación intolerable.

Nadie osará negar la recta disposición de espíritu del ministro de Abastecimientos, pero permitamos decir que ya es bastante que el cielo esté empedrado de buenas intenciones; no hay que empujar con ellas al infierno español.

PARA LAS DAMAS

El aburrimiento

«Yo me aburro...» Sin pecar de indiscreta pude ver que esta frase había sido pronunciada por una muchachita joven, de elegante indumentaria y de agraciado rostro.

Al contemplarla pensé: ¿Qué las inspira? Un enjambre de chiquillos con sus risas y juegos entretenidos en la arena; un paisaje bonitísimo se extendía a nuestro frente; por la playa, sin cesar, paseaban en grupos las jovencitas y el mar infinito, dulce y tranquilo, cual oleaje travieso, unas veces rompía sus olas mansamente y otras llegaba con sus encojes de espuma a empujar la tranquilidad de nuestro asiento.

Los vendedores de golosinas y juguetes para los pequeños, con sus continuos pregones; los de los periódicos de Madrid o de Aragón; las voces de las bañeras; el llanto del chiquillo que temo al agua o el del otro que quiere permanecer en el baño más rato, dan a la playa un grado de animación indescripible; yo creí que allí era posible aturdirse, marearse, lo que nunca supe, que en el centro de aquel cuadro encantador un espíritu joven se pudiera aburrir...

El aburrimiento implica falta de actividad, de trabajo y el trabajo es el fundamento de la virtud.

Generalmente el hombre laborioso es un buen padre, un honrado ciudadano, un ser activo que da honra y provecho a su patria; que apetece y aprovecha el descanso que su cuerpo necesita; que sabe que el dinero realmente tiene y que de tal manera está abito a sus tareas aún cuando de ellas descanse, su imaginación labora o proyecta.

El ocio es la fuente del desorden. Intentamos explicarnos la causa de muchos males sociales y a las nuevas costumbres que se implantan se les busca atenuantes y disculpas... El que intenta ganar el corazón del pueblo, el que para sus bastardos fines quiere encanallar el alma de la muchedumbre, solamente necesita borrar del obrero el amor al trabajo. Aumentad el ocio y aumentaréis el vicio... ¿Quién sabe! Acaso se haya empezado ya.

Aburrimiento es sinónimo de ociosidad y si esta ociosidad es de temibles resultados en el hombre, no encontramos calificativo que exprese cuán pernicioso es en la mujer.

El aburrimiento es el producto de una ociosidad diariamente alimentada. La mujer es el alma, la esencia de la casa, la que dispone, alivia, medita y aconseja, y si ella se «aburre», la desorganización, el desgobierno es irremediable.

El hombre no encontrará en ella su amable compañera, no hallará en su casa esos detalles insignificantes, que no son nada en sí, pero que hablan de la poesía y del gusto de la dueña del hogar.

Los hijos serán criaturas sin ilusión y según su posición social y medios pecuniarios, entenderán sus ojos jugando en el arroyo o siguiendo la dirección de un pedagogo más o menos inteligente... ¿Y la cénola de la madre?

Las niñas que se aburren, también vivieron en un ambiente de pura holgazanería, aprendieron a aislarse a componerse, no hubo quien entendida le dijera que su existencia tenía otro fin más alto y más hermoso...

La mujer debe huir del aburrimiento como de su más temible enemigo; temed siempre a la que se hastía, su osbeza tan vacía por dentro como adornada por fuera, está pronta a cobijar un pensamiento, una idea que venga a sacarla de su habitual fastidio; su inteligencia, no acostumbrada a nada serio, ha de encausarse por lo baladí o lo vulgar, se inclinará hacia la vanidad o el coquetismo y un momento de ocio solamente, bastará para que la

mujer pueda pasar de ángel a diablillo tentador.

He podido comprobar que la característica de la moda actual es la indolencia.

Sentada en «Panier fleurí», observaba como al bajar las muchachitas de los autos que en la puerta se detenían seguían todas el mismo ritmo en el andar y atravesaban el jardincillo o sentábanse en las mesas con aire de marcada indiferencia, desgraciadamente yo creo que mejor sentida, que demostrada.

De aquellos grupos de jovencitas que a veces se formaban no circula muchas risas, tomaban perezosamente su té con mermelada y manteca a lo sumo comentaban algo... Como aquello era casi lo general, supuse que era lo elegante y qué contraste! por la carretera de Lezo, de vuelta de la ermita del Santo Cristo milagroso pasaban unas muchachas humildes que con su alegría y su alborozo esparcían un aire de fragancia y de juventud a su alrededor.

En lo que el auto empleó un minuto, ellas en retuvieron toda una tarde. Por esto comprendí porqué las primeras se aburrían y las otras disfrutaban. ¡Bendito sea Dios que lleva al corazón de humildes raudales de santa alegría!

Hay modas y costumbres perniciosas que aún no iniciadas debían de ser rudamente combatidas.

A fuerza de fingirse indolentes se saturan de indiferencia y llenan la serie de los mayores vicios delicadas criaturas que se hayan en la juventud «primavera de la vida»...

Si la primavera nos hace pensar en el Cielo, en los pájaros, en las flores, y si la juventud es alegría y espontaneidad y virtud y energías y vigor, somos nosotros, las madres, las obligadas a presentar a nuestros hijos los senderos bellos y floridos somos nosotras las que hemos de llenar sus cabezas de ideas, sus corazones de sentimientos, su imaginación de poesía; es obligación nuestra el enseñarlos, educarlos e instruirlos, es deber nuestro el hacerlos buenos, activos, diligentes.

Debemos poner en ejercicio sus facultades y sentidos para que en la soledad de la montaña sepan admirar la grandiosidad del Creador y para evitar que en una playa de moda murmuren «yo me aburro», o lo que es lo mismo, «no tengo vista, ni imaginación, ni siento lo bello, dejé el tocador hace unos minutos... después de esto no valgo para más...»

Yo brindo una idea a mis amiguitas que se aburren: la de emprender una torera campaña contra las modas que nos mandan de París.

Los ratos de ocio y aburrimiento podían emplearlos en coser lindas mangas de batista y cuerpos interiores de finas telas para colocarlos bajo sus trajes vaporosos; con esto entenderían el tiempo y no faltarían a la modestia, porque, queridas, van tan poco vestidas las que «se aburren» y las «que no se aburren...»

Concepción Hernández de Roca

Magnesia "Bishop"

antiácida efervescente

Venta

Farmacia Ruiz Stengro

Centro Santos

CASAU—Fotógrafo

ha adquirido la potente «Lámpara Radium» con la que hace fotografías por la noche, sin molestia para el público obteniéndose clichés admirables.

OSUNA, 3.—CARTAGENA

Desde Africa

Impresiones rápidas

La fantasía de los artistas ha creado, con referencias al Africa, soberbias perspectivas de paisajes irreales en los que domina el azul intenso del cielo, el amarillo rojo del sol y el pronunciado verde de las palmeras. Ante la vista, deslumbrada por la monotonía del lugar, se extiende inmensamente aburrido, el desierto; está amarillo el suelo por las arenas, y azul, de un azul de asperante por lo igual, el cielo; en la lejanía rompe de improviso la aridez del paisaje el fresco verdor de un oasis: hay dos o tres palmeras, arcasas como columnas Salomónicas, que alcanzan triunfalmente sus copas al cielo de añil y en el suelo una alfombra y grata alfombra de musgo...; en dirección al lugar ameno, caballero en un robusto dromedario, marcha un moro vestido de gayos colorines... Esta es exactamente la visión que la mayor parte de los artistas tienen del Africa. Todos hemos visto paisajes como este, o muy parecidos, en las tapas de las cajas, de pasas y en las de los ojizos puros.

Pero la realidad contrasta negativamente con la fantasía. Es muy convencional eso de las palmeras, de los desertos, y de los moros jaquetones sobre la jiba de los camellos. No es que yo pretenda negar la existencia de todas esas cosas, no; lo que quiero hacer constar aquí es que no debe juzgarse a los pueblos por la sola contemplación de uno de sus aspectos, como no debe juzgarse a un hombre por una acción suya, ya que son muchos y muy variados los aspectos de una ciudad y de una persona. Es como acusar de flamencuista a toda España porque el Gallo mate toros y Juan Brava cante; o de matonismo, porque Carmen llevaba una navaja en la liga.

En Africa, en Marruecos circunscritiéndose a una sola región no es posible dudar que hay unos, dos, diez desertos con sus correspondientes oasis, y camellos; pero, dígame lo que se quiera, el aspecto general de Marruecos es, para un observador, de una monotonía y de una tristeza que conmueven el ánimo. Y he dicho «para un observador» porque es este quien finalmente puede ver, a través de los amaneceres esplendidos de color y de las puestas de Sol magníficas, la enorme tristaza de esta tierra esteril kabila miserríma, moros desarraigados, moras famélicas que ostentan en el rostro las señales del hambre y de una prematura ancianidad, llenos virgenes de vegetación, montes sin sombra de arboledas, riachuelos que arrastran

un caudal de agua mala y escasa...! Todo esto, y algo más, señale todas de la más horrenda miseria, es cuanto ve el observador. Pero el artista, el hombre superficial ¡qué maravilla de olfato azul...! ¡qué coloración del firmamento en el ocaso del Sol...! ¡qué contraste el de la desolación amarilla del desierto con el púrpura verdor de las palmeras! ¡qué belleza! ¡qué tanta poesía! ¡Ah...! ¡h...!

També, y este es otro contraste de la idealidad con la realidad; todos los artistas, tanto del pincel como de la pluma, nos presentan un tipo de muger mora que no es, ni con mucho, el verdadero. Esas moritas limpias, graciles, finas, esbeltas, que ocultan las maravillas de sus rostros angelicales tras un velo de seda oriado de piedras, sobre el cual asoman, magníficas y asombradas los enormes ojos negros sembrados de largas y sedosas pestañas; las frentes, ligeramente combadas, llenas de ritmo y de gracia; las cejas, que son dos negras plateadas sobre el raso de la piel morena; los negrísimos cabellos, azules de tan negros, rodeados por el «turbante» recamado de perlas y zafiros por el que se escapan, besando la frente y la Helénica gracia de las orejas adornadas por pendientes de corales, juguetones rielllos de pelo negro; los «babeas», de sedas de mil colores, sutiles; como tejidos por manos de ensueño, envolviendo regimientos la esbelta figura los pies, breves, calzados por «babuchas» de Tafillet o Mogador bordadas en oro y plata; la profusión de ajorcas, pulseras y collares tintineando reidoras en las piernas, finas y ágiles, de un acabado torneado; en los brazos rectos; y en los oñellos de irreprochable factor...; todas estas bellezas son productos de acoloradas imaginaciones... «¡nuestros moriscos!»...

Tipos de muger mora como el descrito son rarísimos en Marruecos. En general, la muger mora, en su elemento (no hablo de esas moras pocas transparentadas a países Europeos) es fea, sucia y falta de visualidad estética, puesto que no hay nada en ella de atractivos. Desgraciadas pálidas, llenas de cicatrices, solo inspiran compasión. ¡Cuán diferentes esta moritas de las que hay fotografiadas en las tarjetas postales...! ¿Dónde está la zorra, el conjunto de ideales perfectísimos de que nos habla el romance moro? ¿Y la Subeya, «de labios rojos y ojos negros»? ¿Presiento que para conocer a las bellas moras habrá que trasladarse al Paraíso del Profeta.

Me voy extendiendo demasiado y voy a terminar por hoy afirmando, con relación a este parte del Africa, en contra de muchas opiniones, que aquí «las cosas son como son, no como los demás quieren que sean»

Antonio R. Guirao

De Sociedad

Los que viajan

Marcharon a Mazarrón don Manuel Fernández Doblas, don Miguel Acosta y don Julio Calandre.

—De Mazarrón llevo a ésta el comerciante don Martín Acosta.

—De Murcia a donde marcharon para presenciar las corridas de toros han regresado nuestros amigos don Francisco Valle y don Mariano Paz Martínez.

—Marchó a Alicante después de estar en ésta unos días el comerciante don Luis Rosique Frutos.

—Del balneario de Los Alcazares, han regresado:

Don Manuel Carmona y esposa; doña Concepción Salmerón, viuda de Escamez; doña Matilde López de Soler y hijo Julio, don Tomás Manzanares y familia y don Antonio Perdomo y esposa.

Notas varias

—Según leemos en un periódico de Madrid, la empresa del teatro Español ha acogido favorablemente un drama original de nuestro amigo y paisano el inspirado poeta don Cecilio Realde.

Los ensayos de dicha producción comenzarán en breve.

Durante la ausencia del Juez don Juan Fernández Loaysa, se ha encargado del despacho del Juzgado de Instrucción el Juez municipal don Dionisio Terrer.

Letras de luto

Tras rápida enfermedad ha fallecido en Barcelona, nuestro paisano el joven don Francisco Gómáez.

Enviamos nuestro más sentido pésame a la familia y en particular a su afligido padre, nuestro querido amigo don Miguel, del Comercio de esta plaza.

TERREMOTOS

Esta mañana desde las once y cuarenta minutos a las doce menos cinco se han sentido tres temblores de tierra que han causado la consiguiente alarma.

El primer temblor fué observado a las once y cuarenta minutos, el segundo a las once y cincuenta y el tercero a las doce menos cinco minutos.

La dirección del fenómeno sísmico fué de Este a Oeste y su duración fué rápida.

En el barrio de San Antonio Abad se sintió la segunda sacudida con gran violencia saliendo los vecinos a las calles.

Nos dicen que los terremotos se han dejado sentir en los Alcazares, La Unión, La Palma y en casi todo el término municipal.

En los Alcazares según observaciones duró el primer temblor unos ocho segundos y tres el segundo.

Esta tarde a las tres y cuarenta se ha dejado sentir otro temblor con más intensidad que los de la mañana.

El pánico que reina es grande en vista de la repetición de este fenómeno.

Hasta la presente no tenemos noticias de que los terremotos hayan ocasionado víctimas ni perjuicio alguno. Más vale así; y que no se replatan.